he podido hacer uso de un ojo, y no constantemente, y que durante una gran parte del tiempo me he visto enteramente privado de él. Sin embargo, las dificultades que he tenido que vencer son muy inferiores á las que asedian á un hombre enteramente ciego. No conozco historiador alguno que viva hoy y que pueda aspirar á la gloria de haber vencido tales obstáculos, sino es el autor de LA CONQUISTA DE INGLATERRA POR LOS NORMANDOS, el cual, como él dice con tanta sensibilidad y belleza, «se ha hecho amigo de la oscuridad;» y á una profunda filosofía que no necesita mas luz que la que viene de adentro, reune una capacidad para el estudio de estensas y variadas investigaciones, que exigiria la mas severa aplicacion por parte del que quisiese seguir esta carrera.

Espero que el lector no atribuirá estas largas observaciones á un ridículo egoismo, sino á su verdadera causa, es decir, al deseo de corregir algunas equivocaciones á que quizás sin quererlo he dado origen yo mismo, y que ha hecho que algunos me atribuyan la gloria, poco grata á mis sentimientos, ya que no es merecida, de haber vencido los obstáculos incalculables que sirven de impedimento á la carrera de un hombre enteramente ciego.

Boston 2 de abril de 1847.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION.

OBSERVACIONES PRELIMINARES SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS INCAS.

CAPITULO PRIMERO.

Aspecto físico del pais. — Origen de la civilizacion peruana. — Imperio de los Incas. — Familia Real.— Nobleza.

DE las numerosas naciones que ocupaban el gran continente americano cuando los europeos lo descubrieron, las mas adelantadas en poder y en cultura eran, sin duda, las de Méjico y Perú. Pero, aunque se asemejaban en el grado de civilizacion á que habian subido, esta civilizacion era de diferente carácter en cada una de ellas, y el observador filosófico de la especie humana puede sentir una curiosidad natural en la averiguacion de las varias transiciones por las cuales pasaron aquellos dos pueblos, en sus esfuerzos para salir del estado de barbárie, y alcanzar una posicion mas elevada en la escala de la humanidad. En otra obra que he publicado, procuré describir las instituciones y el carácter de los antiguos mejicanos, y la historia de su conquista por los españoles. En esta voy á tratar de los peruanos; y si su historia presenta anomalías menos estrañas, y contrastes menos notables que la de los aztecas, no será menos interesante al lector la grata pintura que ofrece de un gobierno bien arreglado, y de los hábitos modestos y laboriosos que se introdujeron bajo el dominio patriarcal de los Incas.

El imperio del Perú, en la época de la invasion española, se estendia por la costa del Pacífico, desde el segundo grado, poco mas ó menos, de latitud Norte, hasta el treinta y siete de latitud Sur; línea que describen actualmente los límites occidentales de las repúblicas modernas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Su anchura no puede ser determinada con exactitud, porque, aunque totalmente limitada al Oeste por el Gran Océano, hácia el Este se dilataba en varias partes mucho mas allá de los montes, hasta los confines de las tribus bárbaras, cuya exacta situacion no es conocida, y cuyos nombres han sido borrados del mapa de la historia. Es cierto, sin embargo, que habia gran desproporcion entre su longitud y su anchura (1).

Es muy notable el aspecto topográfico del pais. Una faja de tierra, cuyo ancho raras veces pasa de veinte leguas, corre en la direccion de la costa, y está encerrada en toda su estension, por una cadena colosal de montañas, que, partiendo del estrecho de Magallanes, llega á su mayor elevacion, que es en verdad la mayor del continente americano, hácia los diez y siete grados de latitud Sur (2), y, despues de cruzar la línea, y gradualmente, declina en alturas de poca importancia, al entrar en el istmo de Panamá. Tal es la famosa cordillera de los Andes, ó «montañas de cobre (3),» como las llaman los naturales, aunque con mas razon podrian llamarse «montañas de oro.» Dispuestas muchas veces en una sola línea, mas frecuentemente en dos ó tres, que corren paralelas entre sí, ó en sentido oblícuo, parecen una contínua cadena, vistas desde el Océano. Los estupendos volcanes que el habitante de las llanuras mira como masas solitarias é independientes, parecen al navegante otros tantos picos del mismo vasto y magnífico sistema. En tan inmensa escala ha trabajado la naturaleza en aquellas regiones, que solo desde una gran distancia puede el espectador comprender de algun modo la relacion de las diversas partes que forman aquel asombroso conjunto. Pocas obras han salido de la mano de la naturaleza capaces de producir impresiones tan sublimes, como el aspecto de esta costa, cuando se desarrolla gradualmente á los ojos del marinero en las aguas distantes del Pacífico, cuando se enseñorean montañas sobre montañas, y el Chimborazo, con su espléndido dosel de nieve, resplandeciendo sobre las nubes, corona el todo como una diadema celestial (4).

El aspecto esterior del pais no parece muy favorable á las operaciones de la agricultura, ni á las comunicaciones interiores. La faja arenosa que corre por la costa, donde nunca llueve, no recibe mas humedad que la que le suministran unos pocos y escasos arroyos, ofreciendo un notable contraste con los vastos volúmenes de agua que se desprenden de las laderas orientales hácia el Atlántico. Ni son mas aptas para el cultivo las faldas de la sierra, cortadas por hondos precipicios, y masas destrozadas de pórfido y granito, ni sus mas altas regiones, envueltas en nieve que nunca se derrite bajo el sol ardiente del Ecuador, y sí solo por la accion desoladora de los fuegos volcánicos. Los derrumbaderos, los furiosos torrentes, y las quebradas intransitables, rasgos característicos de esta region escabrosa, parecen obstáculos insuperables á toda comunicacion entre las

(1) Sarmiento, Relacion, MS. capítulo LXV.—Cieza de Leon, Crónica del Perú (Amberes, 1554) cap. XLI.—Garcilasso de la Vega, Comentarios Reales (Lisboa, 1609), parte I, lib. I, cap. VIII.

Segun este último escritor, la mayor anchura del imperio no pasaba de 120 leguas. Pero la Geografía de Garcilasso es harto incorrecta.

(2) Malte-Bum afirma que las mas altas cimas de la cordillera están bajo el Ecuador (Geografía Universal, lib. LXXXVI). Pero de observaciones y medidas posteriores resulta que son todavía mas elevadas las que se encuentran entre los grados quince y diez y siete de latitud Sur, donde el Nevado de Sorata levanta su arrogante cúpula á la altura de 23,250 pies, el Illimani á la de 24,307.

(3) A lo menos la voz *anta*, de donde se cree que proviene la etimología de *Andes*, significa cobre en lengua peruana. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XV.

(4) Humboldt, Vues des Cordilléres et Monumens des peuples indigénes de l'Amérique (París, 1810), p. 106. Malte-Brum, lib. LXXXVIII.

Los pocos bosquejos que Mr. de Humboldt ha dado de los paisages de la cordillera, y que descubren la mano de un gran pintor y de un filósofo, nos fuerzan á deplorar que no nos haya comunicado el resultado de sus observaciones en esta interesante region tan menudamente como lo ha hecho con respecto á Méjico.

diversas partes de su dilatado territorio. Cuando el viajero aterrado se remonta por aquellas veredas aéreas en vano procura medir con la vista la profundidad de las enormes aberturas que desgarran la cadena de los montes. Y sin embargo, la industria, ó por mejor decir, el genio de los indios ha sido bastante para sobrepujar todos los obstáculos de la naturaleza (1).

Por un sistema juicioso de acequias y acueductos subterráneos, las llanuras de la costa estériles por sí, recibian copiosos raudales, que las cubrian de fertilidad y hermosura. Se construian terrados en los costados mas pendientes de la cordillera, y como sus diferentes elevaciones producian el mismo efecto que la mudanza de latitud, ofrecian en regular graduacion toda variedad de formas vegetales, desde los lozanos frutos de los trópicos, hasta los productos templados del clima del Norte. Los llamas, que son las ovejas del Perú, vagaban en rebaños, bajo la custodia de sus pastores en los páramos helados que cubren las crestas de los montes, mucho mas arriba de los límites del cultivo. Una poblacion industriosa establecida en las elevadas llanuras, y las ciudades y villas, esparcidas entre huertas y espaciosos jardines, parecian suspensas en el aire, enseñoreándose sobre la region ordinaria de las nubes (2). Mantenianse las relaciones de pueblo á pueblo, por medio de los grandes caminos que atravesaban las gargantas de los montes, y abrian fáciles comunicaciones entre la capital y las mas remotas estremidades del imperio.

La civilizacion peruana tuvo su nacimiento en el valle del Cuzco, que es la region central del Perú, como su nombre lo indica (3). El orígen del imperio peruano, como el de casi todas las naciones, se pierde en las tinieblas de la fábula, la cual se presenta con tanta oscuridad en el principio de aquella historia, como en el de los primeros anales de todos los pueblos del mundo antiguo y del moderno. Segun las tradiciones mas familiares á los europeos, hubo un tiempo en que las antiguas razas del continente americano estaban envueltas en deplorable barbarie; cuando adoraban casi todos los objetos de la naturaleza sin distincion, cuando la guerra era su ocupacion, y los manjares de sus festines, la carne de sus cautivos. El sol, gran antorcha y padre de la humanidad, compadecido de tanta degradacion, envió á dos de sus hijos, Manco Capac, y Mama Oello, para congregar á los naturales en habitaciones, y enseñarles las artes de la vida civilizada. Aquella celestial pareja, hermano y hermana, y al mismo tiempo marido y mujer, atravesaron las altas llanuras que rodean el lago de Titicaca, por los diez y siete grados de latitud Sur. Llevaban consigo una cuña de oro, y debian fijar su residencia en el sitio en que aquel sagrado emblema penetrase sin esfuerzo en la tierra. A poco de haber entrado en el valle del Cuzco, se descubrió el sitio indicado para la ejecucion del milagro, pues la cuña penetró en la tierra, y desapareció para siempre. Allí establecieron los hijos del sol su residencia, y pronto empezaron á emprender su benéfica tarea con los groseros habitantes del pais. Marco Capac enseñaba á los hombres las artes de la agricultura, y Mama Oello (4) iniciaba á las personas de su sexo en los misterios del hilado y del tejido. Aquellas gentes sencillas se mostraron dóciles á los mensajeros del cielo, y congregándose en gran número, echaron los cimientos de la ciudad del Cuzco. Las mismas sábias y benévolas máximas que dirijieron la conducta de los primeros Incas (5), descendieron á sus sucesores, y bajo el suave dominio de aquellos monarcas, la nacion se esparció gradualmente por la ancha superficie de las llanuras altas, y se hizo muy superior á las tribus, que la rodeaban. Tal es la grata pintura del orígen de la monarquía peruana, como se ha hecho familiar á los lectores europeos, en virtud de la relacion de Garcilasso de la Vega descendiente de la familia imperial de los Incas (6).

Pero esta tradicion es una de las muchas que corren entre los indios peruanos, y probablemente no la mas recibida y propagada. Otra leyenda habla de ciertos hombres blancos y barbudos que, habiendo salido de las orillas del lago de Titicaca, adquirieron un gran ascendiente en los habitantes, y les hicieron conocer los beneficios de la civilizacion. Esta especie nos recuerda la tradicion que existe entre los aztecas acerca de Quetzalcoatl, la deidad buena, que, revestida del mismo aspecto esterior, descendió á la gran llanura, viniendo del Este, para desempeñar una mision no menos benévola y favorable á los naturales. La analogía entre estas dos tradiciones es tanto mas notable, cuanto que no hay la menor señal de comunicacion entre las dos naciones, ni la menor prueba de que haya jamas sabido una de otra (7).

Estos estraordinarios sucesos ocurrieron, segun la opinion comun, cerca de cuatrocientos años antes de la llegada de los españoles, es decir, en los primeros años del siglo XII (8). Pero por muy popular y grata á la imaginacion que sea la leyenda de Manco Capac, poca reflexion se necesita para conocer su improbabilidad, aun cuando se la despoje de todo ingrediente sobrenatural. Existen todavía en las orillas del lago de Titicaca vastas ruinas, las cuales, en opinion de los peruanos mismos, son mas antiguas que la supuesta llegada de los Incas, y les han servido de

(1) «Estas quebradas, dice Mr. de Humboldt en su acostumbrado estilo de comparaciones, son tales, que si el Vesubio ó el Puy de Dome estuviesen en el fondo, sus cumbres no se elevarian sobre el nivel de las bases de las montañas vecinas.» Vue des Cordilléres, p. 9.

(2) Las llanuras de Quito están á la altura de nueve á diez mil pies sobre el nivel del mar. (Véase Condamine, Journal d'un voyage á l'Equateur, París, 1751, p. 48.) Otros valles y llanuras de este vasto grupo de montañas tienen todavía mas elevacion.

(3) *Cuzco*, segun Garcilasso, significa *ombligo* en el lenguaje de los Incas. Com. Real, parte I, lib. I, cap. XVIII.

(4) *Mama*, significa madre en lengua peruana. (Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.) La identidad de esta voz con la que se usa en Europa en el mismo sentido, es una coincidencia curiosa. No lo es menos la de la voz correspondiente *papa*, que, en el antiguo lenguaje de Méjico, denota un sacerdote de alta gerarquía. Las dos voces abrazan el sentido de la relacion paterna en la mas ámplia estension que la dan la mayor parte de los lenguajes europeos. La palabra no es de origen moderno: los griegos y los romanos le daban la misma significacion «Ἥππᾶ φιλε,» dice Nausicaa hablando con su padre con una sencillez de estilo, que ha parecido demasiada á los traductores modernos.

(5) *Inca* significa rey ó señor. *Capac* significa grande ó poderoso. Se aplicaron estos dictados á los sucesores de Manco, del mismo modo que el epíteto *Yupanqui*, significa *rico en todas las virtudes*, se agregó al nombre propio de algunos Incas. (Cieza de Leon. Crónica, cap. XII. Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XVII.) Las buenas cualidades denotadas por los dictados de la mayor parte de los monarcas peruanos, son sin duda testimonios honoríficos de las que poseian, aunque no libres de toda sospecha de adulacion.

(6) Com. Real, parte I, lib. I, cap. IX—XVI.

(7) Estas varias y pueriles tradiciones, se encuentran, en Ondegardo, Relacion segunda, MS.— Sarmiento, Relacion MS. cap. I.—Cieza de Leon, Crónica, cap. CV.—Conquista y poblacion del Perú, MS.—Declaracion de los presidentes y oidores de la Audiencia Real del Perú, MS., autoridades contemporáneas á la conquista. La historia de los hombres barbados se encuentra en la mayor parte de las leyendas.

(8) Algunos escritores atrasan esta fecha hasta 500 y 550 años antes de la invasion española. (Balboa, Histoire du Pérou, chap. I.—Velasco, Histoire du Royaume de Quito, tomo I, pág. 81.) Estas dos autoridades se citan en la obra, Relations et mémoires originaux pour servir á l'Histoire de la Decouverte de l'Amérique, por Ternaux-Campans. París, 1840.) En el informe de la Real Audiencia del Perú, la época se fija en 200 años antes de la conquista. Dec. de la Audiencia Real, MS.

modelo para su arquitectura (1). La fecha de esta llegada es tambien irreconciliable con los sucesos posteriores. No hay relacion alguna que haga mencion mas que de trece príncipes antes de la conquista. Mas este número es demasiado pequeño para haber llenado un espacio de cuatrocientos años, y, cuando mas, supondria, segun cálculos probables, una fecha de dos siglos y medio á la fundacion del imperio; y esta antigüedad no tiene nada de increible, debiendo tenerse presente que no precede mas que en medio siglo, á la supuesta fundacion de la capital de Méjico. La ficcion de Manco Capac, y de su hermana y esposa, se inventó, sin duda, en tiempos posteriores, para lisonjear la vanidad de los monarcas peruanos, y para dar otra sancion á su autoridad, derivándola de un orígen celeste.

Hay motivos para creer que existia en el Perú una raza civilizada antes de la época de los Incas; y, en conformidad con la mayor parte de las tradiciones, podemos fijar su orígen en las inmediaciones del lago de Titicaca (2); deduccion fuertemente confirmada por los magestuosos restos de arquitectura que se ven en sus orillas, despues del trascurso de tantas generaciones. Qué raza era esta, y de donde provenia, son cuestiones que ofrecen un tema seductor á las investigaciones del anticuario. Pero es region oscurísima, colocada mas allá de los dominios de la historia (3).

Las mismas tinieblas que rodean el orígen de los Incas continúan ofuscando la série de sus anales, y tan imperfectos eran los recursos de los peruanos, y tan confusas y contradictorias sus tradiciones, que el historiador no encuentra terreno firme en que apoyarse antes del siglo que precedió á la conquista española (4). Desde luego los progresos de los peruanos parecen haber sido muy lentos, y casi imperceptibles. Valiéndose de una política templada y prudente, poco á poco atrajeron á su dominio las vecinas tríbus á medida que estas se convencian mas y mas de los beneficios que consigo trae un gobierno justo y bien organizado. Creciendo su fuerza, confiaron mas directamente en su apoyo; pero adelantando siempre á cubierto de los benéficos pretestos inventados por sus predecesores, llevaban la paz y la civilizacion en la punta de la espada. Las naciones bárbaras del pais, sin elemento alguno de cohesion entre ellas, cayeron una tras otra bajo las armas victoriosas de los Incas. Sin embargo, hasta mediados del siglo XV, el famoso Topa Inca Yupanqui, abuelo del monarca que ocupaba el trono cuando llegaron los españoles, no atravesó con sus ejércitos el terrible desierto de Atacama, y penetrando en la region meridional de Chile, fijó los límites permanentes de sus dominios en el rio Maule. Su hijo, Huayna Capac, con una ambicion y un talento militar dignos de su padre, marchó á lo largo de las cordilleras hácia el Norte, y llevando sus conquistas mas allá del Ecuador, agregó el poderoso reino de Quito al imperio del Perú (5).

Entre tanto la antigua ciudad del Cuzco habia ido gradualmente creciendo en riqueza y poblacion, hasta que habia llegado á ser la digna metrópoli de una monarquía grande y floreciente. Estaba situada en un hermoso valle en una region elevada de la alta llanura que á hallarse en los Alpes, hubiera estado sepultada entre nieves eternas, pero que en los trópicos disfrutaba de una temperatura suave y saludable. Hácia el Norte la protegia una elevada montaña, ramal de la gran cordillera; y atravesaba la ciudad un rio, ó mas bien riachuelo, con puentes de madera cubiertos de piedras pesadas que proporcionaban fáciles medios de comunicacion entre ambas orillas. Las calles eran largas y angostas; las casas bajas, y las de las clases mas pobres estaban construidas con barro y cañas. Pero el Cuzco, era la mansion real, y contenia las amplias moradas de la alta nobleza; y los macizos fragmentos que aun existen incorporados en muchos de los edificios modernos, prueban el tamaño y la solidez de los antiguos (1); contribuian á la salubridad de la ciudad grandes y espaciosas plazas, en que una poblacion numerosa de la ciudad y de las provincias remotas se reunia para celebrar las grandes funciones de su religion. Porque el Cuzco era la *Ciudad Santa* (2), y el gran templo del Sol, al que acudian peregrinos desde los mas remotos límites del imperio, era el edificio mas magnífico del nuevo mundo, y quizás no habria otro en el antiguo que pudiera compararsele en la riqueza de sus adornos.

(1) «Otras cosas ay mas que dezir deste Tiaguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mi tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Perú. Y assi se tiene que antes que los Ingas reinassen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar á indios que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se vee en este pueblo.» (Cieza de Leon, Cron., capitulo CV.) Véase tambien á Garcilasso (Com. Real, parte I, lib. III, cap. I), en donde se hallará una descripcion de estas ruinas, tomada de un eclesiástico, el cual refiere de ellas cosas harto maravillosas. Herrera menciona otras ruinas de la misma antigüedad tradicional. (Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano (Madrid, 1730) dec. VI, lib. VI, cap. IX.) M'Culloh, en sus sensatas reflexiones sobre el origen de la civilizacion peruana, cita, con la autoridad de Garcilasso de la Vega, el famoso templo de Pachacamac, no lejos de Lima, como ejemplo de arquitectura anterior á la de los Incas. (Researches Philosophical and antiquarian, concernin the aboriginal History of América Baltimore, 1829, pág. 405.) Si esto es cierto, puede servir de confirmacion á lo que en el testo decimos. Pero M'Culloh ha caido en un error, á que lo ha conducido su guia, Ricaut, traductor de Garcilasso, pues este no habla del templo como si existiese antes del tiempo de los Incas, sino antes que los Incas conquistasen el pais. Com. Real, p. I, lib. VI, cap. XXX.

(2) Entre otras autoridades relativas á esta tradicion, véase á Sarmiento, Relacion MS. cap. III y IV.—Herrera, Historia Gen., dec. V, lib. III, cap. VI.—Conq. y Pobl. del Perú, MS.—Zárate, Historia del descubrimiento y conquista del Perú, lib. I, cap. X, apud Barcia, Historiadores primitivos de las Indias Occidentales (Madrid, 1749) tom. III. En casi todas las tradiciones, se da el nombre de Manco Capac al fundador de la monarquía peruana, aunque con mucha discrepancia con respecto á su historia y carácter.

(3) Mr. Ranking, de quien puede decirse que

Resuelve dificultades
Las mas ásperas y oscuras,
Con tanta facilidad,
Como ensartar una aguja,

cree que «es muy probable que el primer Inca del Perú fuese hijo del Gran Kan Kublai.» (Investigaciones históricas sobre la conquista del Perú, etc., por los Mogoles (Londres, 1827), p. 170.) Las coincidencias son curiosas, aunque no autorizan plenamente la aventurada consecuencia del autor. Todo hombre investigador debe desear con Humboldt «que algun sabio viajero visite las orillas del lago de Titicaca, el distrito del Callao, y las elevadas llanuras de Tiahuanaco, teatro de la antigua civilizacion americana.» (Vues des Cordilléres, p. 199.) Y sin embargo, los monumentos de arquitectura de los indígenas descubiertos hasta ahora, han suministrado pocos materiales para construir el puente que atraviese el oscuro abismo que aun separa al mundo antiguo del nuevo.

(4) Mucho menos de un siglo en verdad. Garcilasso y Sarmiento, por ejemplo, los dos escritores antiguos de mas reputacion, apenas coinciden en un punto al hablar de los antiguos príncipes peruanos; segun el primero la corona baja pacíficamente de sucesor en sucesor de una dinastía que no se interrumpe; mientras que el otro adorna su narracion con multitud de conspiraciones, destronamientos y revoluciones, de esas que brillan en las páginas de la historia de los paises mas bárbaros, y por desgracia de los mas civilizados tambien. Si añadimos á estos los diferentes autores contemporáneos y del siguiente siglo, que han tratado de los anales peruanos, se encuentra tal conflicto de contradicciones, que el criterio se pierde y se convierte en conjetura. Felizmente esta falta de seguridad en los acontecimientos históricos no se estiende á la historia de las artes y de las instituciones que existian cuando los españoles llegaron.

(5) Sarmiento, Relacion MS., cap. LVII—LXIV.—Conquista y Pob. del Perú, MS.—Velasco, Hist. de Quito, p. 59.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, cap. XVIII—XIX, lib. VIII, cap. V—VIII.

Este último historiador y otros varios atribuyen la conquista de Chile á Yupanqui, padre de Topa Inca. Las hazañas de ambos monarcas se hallan tan entrelazadas unas con otras, por las relaciones de los diferentes analistas, que en cierto modo se confunde su identidad personal.

Hácia el Norte, en la sierra ó áspera elevacion de que ya hemos hablado, existia una gran fortaleza, cuyos restos escitan hoy por su tamaño la admiracion del viajero (3). Defendíala por el lado de la ciudad una sola muralla muy gruesa de mil doscientos pies de estension, si bien hubiera bastado para su defensa por esa parte el precipicio natural que existia. Por el otro lado, por donde era mas fácil el ataque, la defendian dos murallas circulares de la misma estension que la anterior. Estaban separadas á gran distancia una de otra y de la fortaleza, y en los intervalos estaba levantada la tierra de modo que las murallas formaban un parapeto para las tropas que habian de defenderlas en caso de ataque. La fortaleza se componia de tres torres separadas unas de otras. Una estaba destinada al Inca, y se hallaba alhajada mas bien con todo el esplendor que correspondia á la residencia real, que á lo que debia ser un puesto militar. Las otras dos estaban ocupadas por la guarnicion, compuesta de nobles peruanos, y mandada por un oficial de la sangre real, porque la posicion era demasiado importante para confiarla á manos subalternas. Habia escavaciones debajo de las torres, y varias galerías subterráneas estaban en comunicacion con la ciudad y con los palacios del Inca (4).

La fortaleza, las murallas y las galerías eran todas de piedra; pero los grandes trozos no estaban colocados en capas sucesivas, sino dispuestos de tal manera que las piedras chicas ocupaban los intersticios que dejaban las grandes. El aspecto de la obra era rústico, porque las piedras no estaban pulimentadas sino en los bordes, en que el trabajo era esquisito; y aunque no empleaban ninguna especie de argamasa, los diferentes trozos estaban tan admirablemente unidos, que era imposible introducir entre ellos ni la hoja de un cuchillo (5). El tamaño de algunos de estos trozos era inmenso, pues los habia de treinta y ocho pies de largo, diez y ocho de ancho, con seis de espesor (6).

Nos llenamos de asombro al considerar que el pueblo que sacaba estas masas enormes de las canteras y les daba forma, ignoraba el uso del hierro; que las traia de canteras que se hallaban á una distancia de cuatro á quince leguas (7), sin auxilio de grandes cuadrúpedos, atravesando rios y barrancos, y que las levantaba hasta su encumbrada posicion en la sierra, y finalmente las colocaba con la mas escrupulosa exactitud sin conocer las herramientas y maquinaria de los europeos. Dícese que veinte mil hombres se ocuparon en la construccion de este gran edificio, y que tardaron en hacerlo cincuenta años (8). Sea de esto lo que fuere, descubrimos aquí la accion de un despotismo que disponia absolutamente del caudal y de la vida de sus vasallos, y que por suave que fuese en su carácter general, no daba mas precio á estos vasallos cuando estaban empleados en su servicio, que á los animales cuyo trabajo desempeñaban.

La fortaleza del Cuzco no era mas que una parte de un vasto sistema de fortificaciones establecido por los Incas en toda la estension de sus dominios. Este sistema desempeñaba un papel muy importante en su política militar; pero antes que hablemos de este, conviene que presentemos al lector un cuadro de sus instituciones civiles y le demos algunas ideas sobre su sistema de gobierno.

El cetro de los Incas, si hemos de creer lo que dice su historiador, bajó en sucesion no interrumpida de padres á hijos durante todo el periodo en que existió su dinastía. Sea de esto lo que fuere, parece probable que el derecho de sucesion perteneciese al hijo mayor de la *Coya*, ó reina legítima, como la llamaban para distinguirla de la multitud de concubinas que poseia el soberano (9). Distinguíase ademas la reina, á lo menos en los últimos reinados, por la circunstancia de ser escojida entre las hermanas del Inca, arreglo que, por repugnante que sea á los sentimientos de las naciones civilizadas, era muy agradable á los peruanos porque les aseguraba un heredero de la corona perteneciente á la raza pura que habia venido del cielo, sin mezcla alguna con el barro de los demas mortales (10).

(1) Garcilasso, Com. Real, lib. VII, cap. VIII—XI.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XCII.

«El Cuzco tuuo gran manera y calidad, deuio ser fundada por gente de gran ser. Auia grandes calles, saluo que eran angostas, y las casas hechas de piedra pura con tan lindas junturas, que illustra el antiguedad del edificio, pues estauan piedras tan grandes muy bien assentadas.» (Ibid., ubi supra.) Compárese con esto lo que dice Miller de la ciudad segun hoy existe. «Las paredes de muchas de las casas no han experimentado cambio alguno durante siglos. El gran tamaño de las piedras, la variedad de sus formas, y el trabajo inimitable que en ellas se descubre, dan á la ciudad aquel aspecto interesante de antigüedad y poesía que llena el ánimo de agradable, aunque triste veneracion.» Memorias del general Miller, al servicio de la república del Perú (Londres, 1829, segunda ed.), tom. II, p. 225.

(2) «La imperial ciudad de Cozco, que la adoraban los indios como á cosa sagrada.» Garcilasso, Com. Real, part. I, lib. III, cap. XX.—Tambien Ondegardo, Rel. seg., MS.

(3) Véase entre otras las Memorias de Miller antes citadas, que contienen una descripcion muy interesante del Cuzco moderno (tom. II, p. 223 y sig.). Ulloa, que recorrió el pais á mediados del siglo pasado, no pone límites á las espresiones de su admiracion. Viaje á la América del Sur, lib. VII, capitulo XII.

(4) Betanzos, Suma y narracion de los Incas, MS. capitulo XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib VII, capitulo XXVII—XXIX.

La demolicion de la fortaleza, empezada en cuanto se consumó la conquista, arrancó reconvenciones amargas á mas de un español ilustrado, cuya voz sin embargo fue impotente contra el espíritu de avaricia y de tiranía. Véase Sarmiento, Relacion MS., cap. XLVIII.

(5) Ibid. ubi supra.—Inscripciones, Medallas, Templos, Edificios, Antigüedades y Monumentos del Perú, MS. Este manuscrito, que antes pertenecia al Dr. Robertson, y que ahora está en el Museo Británico, es obra de un autor desconocido, probablemente de la época de Cárlos III, época que, como observa el agudo erudito que me ha proporcionado la copia, era mas notable el espíritu de sana crítica en los historiadores españoles.

(6) Acosta, Historia natural y moral de las Indias, lib. VI, cap. XIV.—El mismo midió las piedras.—Véase tambien Garcilasso, Com. Real, lugar citado.

(7) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCIII.—Ondegardo, Rel. seg., MS. Segun dicen, aun se ven centenares de trozos de granito por concluir en una cantera cerca del Cuzco.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XLVIII.—Ondegardo, Rel. seg. MS.—Garcilasso, Com. Real. parte I, libro VII, cap. XXVIII

Los españoles, no sabiendo cómo esplicar la ejecucion de tan gran obra con medios al parecer tan pequeños, la atribuyen, con su natural desenfado, al demonio; opinion que Garcilasso se manifiesta muy dispuesto á apoyar. El autor de las Antigüedades y Monumentos del Perú, MS., rebate esta opinion con toda la seriedad que el caso exigia.

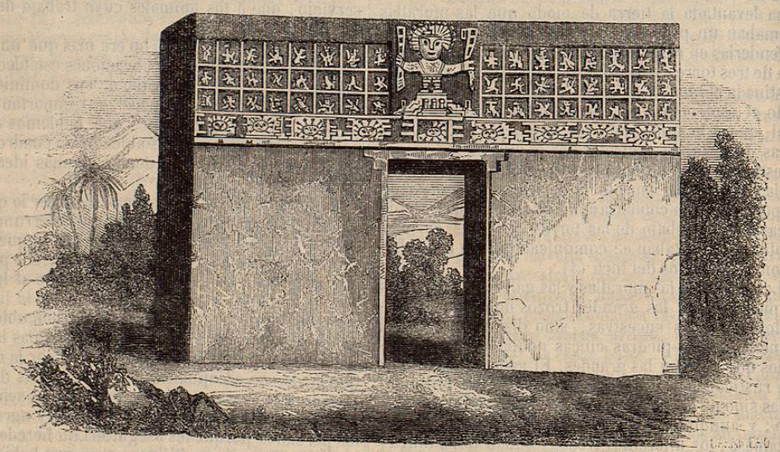
(9) Sarmiento, Relacion, MS., cap. VII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXVI.

Acosta dice que el hermano mayor del Inca sucedia con preferencia al hijo (lib. VI, cap. XII). Quizás confundió la costumbre azteca con la peruana. En el informe de la Real Audiencia se dice que sucedia el hermano cuando no habia hijo. Dec. de la Aud. Real, MS.

(10) *Et soror et conjux.*—Segun Garcilasso, el heredero

En sus primeros años, confiábase el régio infante al cuidado de los *amautas*, ó sábios, como se llamaba á los maestros de la ciencia peruana, quienes le comunicaban todos los elementos de saber que ellos poseian, especialmente en lo relativo al complicado ceremonial de su religion, en que tan principal papel habia de representar el heredero de la corona. Tambien se cuidaba mucho de su educacion militar, la mas importante de todas en un pais que, con todas sus protestas de paz, siempre estaba en un estado de guerra para adquirir mas territorio.

En la escuela militar lo educaban con los nobles Incas que tenian poco mas ó menos su misma edad; porque el sagrado nombre de Inca, orígen fecundo de oscuridad en sus anales, se aplicaba indistintamente á todos los que descendian por línea masculina del fundador de la monarquía (1). A la edad de diez y seis años los estudiantes sufrian un exámen público, antes de ser recibidos en lo que podemos llamar la órden de caballeros. Dirigian este exámen algunos de los Incas mas ancianos y mas ilustres. Los candidatos tenian que manifestar su saber en los ejercicios atléticos del guerrero, en la lucha, en carreras que probasen su fuerza y agilidad, ayunando rígidamente durante varios dias, y por medio de combates figurados, en que, aunque las armas no tenian filo, siempre resultaban heridas y de cuando en cuando muertes. Mientras duraba esta prueba, es decir, por espacio de treinta dias, el régio neófito no lo pasaba mejor que sus compañeros; dormia en el suelo, andaba descalzo, y vestia pobremente, lo que, segun se suponia, debia inspirarle mas compasion hácia los pobres y desgraciados. Con todo este aspecto de imparcialidad quizas no será hacer injusticia á los



Pórtico de una sola piedra de un templo Aymara en Tingúnaco.

jueces suponer que una discrecion política avivaba su percepcion en cuanto al mérito del heredero de la corona.

Terminado el período de las pruebas, eran presentados al soberano los candidatos elegidos como dignos de recibir los honores de la caballería; y el soberano se dignaba tomar parte en la ceremonia de la inauguracion. La iniciaba con un breve discurso en que, despues de congratular á los jóvenes aspirantes por la destreza que habian manifestado en los ejercicios guerreros, les recordaba la responsabilidad que les imponian su cuna y su rango; y apellidándolos afectuosamente «hijos del Sol», los estimulaba á que imitasen á su gran progenitor en su gloriosa carrera tan benéfica al género humano. Entonces se acercaban los novicios y arrodillándose uno despues de otro delante del Inca, este les perforaba las orejas con una aguja de oro, que conservaban en ellas hasta que la abertura fuese bastante grande para contener los enormes pendientes peculiares á su órden, y que les hicieron dar por los españoles el nombre de *orejones* (2). Este adorno era tan macizo para el soberano, que estiraba el cartílago hasta que casi le llegaba á los hombros, produciendo una deformidad monstruosa á los ojos de los europeos, aunque, bajo la mágica influencia de la moda, los naturales lo consideraban como una cosa hermosísima.

Terminada esta ceremonia, uno de los nobles mas venerables calzaba á los candidatos con las sandalias que usaba la órden, lo que tiene cierta analogía con

de la corona *siempre* se casaba con una de sus hermanas. (Com. Real, parte I, lib. IV, cap. IX.) Ondegardo habla de esto como de una innovacion á fines del siglo XV. (Relacion primera, MS.) Sarmiento confirma sin embargo el estraordinario hecho de que habla el historiador de los Incas. Relacion MS., cap. VII.

(1) Garcilasso, Com. Real, part. I, lib, cap. XXVI.

(2) «Los caballeros de la sangre real tenian orejas horadadas, y de ellas colgando grandes rodetes de plata y oro: llámaronles por esto los orejones, los castellanos, la primera vez que los vieron.» (Montesinos, Memorias antigüas historiales del Perú, MS., lib II, cap. IV.) El adorno, que tenia forma de rueda, no colgaba de la oreja, sino que se introducia en la parte cartilaginosa, y era del tamaño de una naranja. «La hacen tan ancha como una gran rosca de naranja; los señores y principales traian aquellas roscas de oro fino en las orejas.» (Conq. y Pob. del Perú, MS.—Tambien lo dice Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII.) «Cuanto mayor era el agujero, dice uno de los conquistadores, mas elevado era el rango.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

la antigua ceremonia de calzar las espuelas al caballero cristiano. Entonces se les permitia ceñirse la faja en la cintura, que correspondia á la *toga virilis* de los romanos, y que significaba que ya habian llegado á la edad de la virilidad. Adornábanles la cabeza con guirnaldas de flores que, en sus varios colores, encerraban el sentido emblemático de que la clemencia y la bondad deben adornar el carácter de todo guerrero valiente, y mezclábanse con las flores algunas hojas de siemprevivas para significar que estas virtudes vivirian eternamente (1). Ademas de esto se añadia en la cabeza del príncipe una especie de venda con borlas de color amarillo, tejida con la finísima lana de la vicuña, y que le ceñia la frente como insignia peculiar al heredero de la corona. Presentábanse en seguida todos los nobles Incas, y empezando por los parientes mas inmediatos, todos se arrodillaban delante del príncipe y le hacian pleito homenaje como sucesor al trono. Por fin toda la reunion se dirigia á la gran plaza de la capital, donde con cantos, bailes y otras diversiones públicas terminaba el importante ceremonial del *huaraco* (2).

La semejanza de este ceremonial con el que se observaba al recibir en la órden de caballería á un caballero cristiano en los siglos feudales, no sorprenderá tanto al lector si recuerda que la misma analogía se encuentra en las instituciones de otros pueblos mas ó menos civilizados; y que es natural que las naciones que se dedican principalmente al estudio del arte de la guerra señalen el período en que termina su carrera preparatoria con semejantes ceremonias características.

Despues de haber pasado por estas pruebas, se consideraba al heredero como digno de tomar asiento entre los consejeros de su padre, y ó se le empleaba en puestos de confianza en lo interior, ó lo que era mas general, se le enviaba á espediciones remotas para que practicase en el campo de batalla las lecciones que hasta entonces habia estudiado tan solo en simulacros bélicos. Ejecutaba sus primeras campañas bajo la direccion de los célebres generales que habian encanecido al servicio de su padre; hasta que, creciendo en años y en esperiencia, se le daba á él mismo el mando para que, como Huayna Capac, el vástago último y el mas ilustre de su familia, llevase triunfante el estandarte del arco-iris, enseña de su dinastía, mas allá de las fronteras hasta las tribus mas remotas de la *puna*, ó llanura elevada.

El gobierno del Perú era despótico templado en su carácter, pero puro y absoluto en su forma. El monarca se hallaba colocado á una distancia inmensa de sus súbditos. Hasta los mas encumbrados de la nobleza inca, que creian descender del mismo orígen divino que el soberano, no se atrevian á presentarse delante de él sino descalzos y cargados con un ligero bulto en señal de sumision (3). Como representante del Sol, era el gefe del órden sacerdotal, y presidia las fiestas religiosas mas importantes (4). Levantaba ejércitos y generalmente los mandaba en persona. Imponia contribuciones, hacia leyes, y nombraba los jueces que habian de administrarlas, á quienes privaba de sus destinos cuando lo juzgaba conveniente. El era la fuente y el manantial de todo; del rango, del poder, de la riqueza. En una palabra, como lo espresa la célebre frase del déspota europeo, «él mismo era el Estado (5).»

El Inca, considerándose como un ser superior, rodeaba su existencia de una majestad y pompa bien calculadas para deslumbrar á su pueblo. Su traje era de la lana mas fina de vicuña, teñido con colores brillantes, y adornado profusamenle con oro y piedras preciosas. Ceñíale la cabeza un turbante de muchos colores llamado el *llautu* (6); y una venda con borlas, como la que usaba el príncipe, pero de color rojo, con dos plumas de un pájaro curioso y raro llamado el *coraquenque* que salian de ella, eran las insignias pertenecientes á la dignidad soberana. Hallábanse los pájaros que producian estas plumas en una region desierta de la montaña, y como se reservaban esclusivamente para la produccion de estas regias insignias, se imponia la pena de muerte al que los mataba. Cada monarca sucesivo tomaba dos plumas nuevas, y sus crédulos súbditos creian firmemente que jamas habian existido mas que dos individuos de esta especie para proporcionar su sencillo adorno á la diadema de los Incas (7).

Aunque el monarca peruano se hallaba á una distancia tan inmensa de sus súbditos, algunas veces tenia la condescendencia de mezclarse con ellos, y cuidaba de examinar personalmente la condicion de las clases inferiores. Presidia algunas de las festividades religiosas, y en estas ocasiones daba á la nobleza grandes convites, en que siguiendo la moda de naciones mas civilizadas, brindaba por la salud de aquellos á quienes mas queria (8).

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib VI, cap. XXVII.

(2) Ibid., part. I, lib. VI, cap. XXIV y XXVII.

Segun Fernandez los candidatos vestian una camisa blanca con cosa que se asemejaba á una cruz bordada en el pecho. Historia del Perú (Sevilla, 1571), parte II, lib. III, cap. VI. Podemos figurárnos que estamos tratando de una ceremonia caballeresca de la edad media.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. VI.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. VII.

«Porque verdaderamente á lo que yo he averiguado toda la pretension de los Ingas fue una subjeccion en toda la gente, qual yo nunca he oido decir de ninguna otra nacion en tanto grado, que por mui principal que un señor fuese, dende que entrava cerca del Cuzco en cierta señal que estava puesta en cada camino de cuatro que hai, havia dende allí de venir cargado hasta la presencia del Inga, y allí dejava la carga y hacia su obediencia.» Ondegardo, Relacion primera, MS.

(4) Solo en una de estas fiestas se amalgaban la autoridad real y la sacerdotal en el Perú, lo que prueba que no sucedia esto siempre como dice Carli. Mas adelante veremos que la posicion que ocupaba el gran sacerdote era muy encumbrada y muy independiente. «El sacerdocio y el imperio estaban separados en Méjico; pero en el Perú estaban reunidos, como sucede en el Tibet y en la China, y como sucedió en Roma cuando Augusto echó las bases del imperio asimilándole el sacerdocio ó la dignidad de Soberano Pontífice.» Lettres Americaines (Paris, 1788), trad. franç., tom I. let. VII.

(5) «Porque el Inga dava á entender que era hijo del Sol, con este título se hacia adorar, i governava principalmente en tanto grado que nadie se le atrevia; i su palabra era ley, i nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad: aunque hobiese de matar cien mill indios, no havia ninguno en su reino que le osase decir que no lo hiciese.» Conquista y Poblacion del Pirú, MS.

(6) *Nota del traductor*. Creemos que en esta parte Mr. Prescott padece una lijera equivocacion. En algunas colecciones de antigüedades peruanas que nosotros mismos hemos visto en el Perú y en Bolivia, se conservan unas fajas de oro puro muy flexible, como de pulgada y media de ancho y vara y media de largo, que segun la tradicion generalmente recibida en el pais, era la verdadera insignia de la dignidad real. Estas fajas ó cintas son sumamente escasas y se encuentran con las momias de sepulcros que parecen haber contenido individuos de la familia real. Todos los sepulcros de indios antiguos se llaman en aquel pais *huacas*, y todos ellos contienen muchas curiosidades, entre ellas algunas de gran valor intrínseco, como idolillos y adornos de oro puro.

(7) Cieza de Leon, Crónica, cap. CXIV. — Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. I, cap. XXII; lib. VI, cap. XXVIII.—Acosta, lib. VI, cap. XII.

(8) Sorprende encontrar entre los indios americanos esta costumbre social y amistosa de nuestros sajones, algo decaida hoy dia, gracias á las caprichosas innovaciones de la moda. Garcilasso trata con mucha estension de las ceremonias que se observaban en la mesa real. (Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXIII.) Las únicas horas de comer eran las ocho ó las nueve de la mañana, y cuando se ponia el sol, lo que ocurria casi á la misma hora en todas las estaciones en la latitud del Cuzco. El historiador de los Incas confiesa que aunque comian poco, solian beber mas de lo regular, prolongando á ve-